
La guerra y la paz: escenarios y retos de las relaciones internacionales en América del Sur

*José David Moreno**

Resumen

Imaginar escenarios de combate entre tropas de naciones suramericanas resulta un ejercicio complejo. La guerra nunca ha sido, en este continente, el desarrollo de lo que Clausewitz denominaba la “política por otros medios”. Sin embargo, los comportamientos en materia de defensa y seguridad de los países suramericanos en la última década invitan a una reflexión seria y profunda. Una reflexión que se inscribe en un momento en que Suramérica busca mayor autonomía política y desarrolla nuevos procesos de integración regional. Las tensiones que se registran en países como Colombia y Venezuela no son más que un ejemplo de la fragilidad de las relaciones en el continente. La democracia no es condición única para garantizar la paz y los actores regionales suramericanos tienen un papel preponderante en el avance hacia escenarios de trabajo diplomático que permitan, de una parte, eliminar la guerra como opción política y, de otra, disminuir los presupuestos de defensa para poderlos orientar hacia otros sectores del Estado.

Palabras clave: Países suramericanos, conflictos regionales, guerra, defensa, seguridad, carrera armamentista, integración regional.

* Docente-Investigador, especialista en estudios latinoamericanos. Administrador Público de la ESAP e Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Con estudios de posgrado en Relaciones Internacionales de la Universidad Jean Moulin Lyon 3 y candidato a Doctor en Ciencias Políticas del Instituto de Estudios Políticos de Aix-en-Provence. Desde hace un lustro se dedica a estudios de seguridad y defensa, especialmente sobre la historia militar latinoamericana. Es antiguo becario del Centro de Estudios de Historia de la Defensa de París, y sus investigaciones se han concentrado en el tema de los gobiernos militares en América Latina durante la Guerra Fría. Correo electrónico: josed.morenom@utadeo.edu.co

Abstract

Imagining war scenarios between South American nations is a complex exercise. The war was never, in this continent, “politics by others means”, as Clausewitz claimed. However, in the past ten years, the attitude of South American countries towards defense and security invites to reflect on priorities just at a time when South America seeks more autonomy and undertakes new processes of regional integration. The tensions between countries like Colombia and Venezuela are an example of the existing fragility in intercontinental relations. Democracy is not the only condition to guarantee peace, and regional actors have an important role in the diplomatic stage to advance towards the elimination of war as an alternative for conflict-resolution and to make possible the reduction of defense budgets, with savings redirected to other sectors.

Keywords: South American countries, Regional conflicts, War, Defense, Security, Weapons control, Regional integration.

Introducción

A lo largo del siglo xx, la guerra entre Estados suramericanos ha sido más una excepción que una regla. Si bien las escaramuzas, las amenazas de guerra y la movilización de tropas han hecho parte de la construcción de las relaciones intercontinentales, el enfrentamiento directo de las mismas ha sido escaso si se tienen en cuenta los recursos invertidos en la guerra, el número de víctimas y la duración de los enfrentamientos que se llevaron a cabo. A pesar de la fuerte implicación de los militares en la vida política de los países suramericanos, la guerra entre Estados no ha sido una de las alternativas privilegiadas para solucionar los problemas de orden internacional. Las negociaciones diplomáticas y la intervención de terceros han resultado ser más efectivas a la hora de solucionar las diferencias interestatales.

En este artículo se expone un breve balance de la política de defensa de los países suramericanos, así como los retos para proyectos regionales como la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur). Desafíos como los del control del tráfico de drogas y la moderación de las posiciones políticas de los Estados son claves para explicar hasta qué punto un conflicto armado en el continente puede ser o no posible.

La pax democratica

La guerra ha sido un tema que ha suscitado preocupación permanente dentro de los análisis y las teorías de las Relaciones Internacionales. Desde Tucídides en el siglo iv a.C. hasta Clausewitz en el siglo xix, la guerra ha preocupado de manera considerable y ha ocupado un lugar importante en las diversas teorías políticas construidas a través de la historia. El proyecto desarrollado en 1918 luego del Tratado de Versalles buscaba encontrar las causas de la guerra. Lo que se buscaba con la creación de la Sociedad de Naciones era forjar un mundo más justo y pacífico basado en los valores de la paz entre Estados.

Woodrow Wilson pensaba así echar las bases políticas de un nuevo mundo bajo una filosofía puramente liberal. No obstante, Wilson no lanzó en ese momento una propuesta verdaderamente original. Es necesario remontarse a finales del siglo XVIII cuando Kant, en su magistral obra *La paz perpetua*, nos anuncia cómo las democracias pueden de alguna manera significar un control y un freno para el desarrollo de la guerra, y plantea el origen de la teoría de la *pax democrática*, que considera que los regímenes democráticos tendrán menor tendencia a la guerra:

Cuando se exige el consentimiento de los ciudadanos para decidir si una guerra debe llevarse a cabo o no, no hay nada más natural que en vista de que deberían soportar los horrores de la guerra, ellos lo pensarían mucho antes de comenzar un juego tan nefasto. Por el contrario, en un sistema político cuyo principio no es democrático, es la cosa más fácil del mundo ya que el líder no es un asociado del Estado sino el propietario del Estado, así que la guerra no va significar pérdidas personales (Kant, 1967, 85).

Este filósofo alemán nutre su teoría con los postulados de Hobbes y Rousseau para quienes el estado de naturaleza entre las unidades políticas era más bien un estado de guerra y de hostilidad en una Europa cuyas fronteras políticas y sociales eran aún difusas.

Durante el siglo XX fue justamente el presidente Wilson quien reactivó el debate acerca de la importancia de la democracia y su impacto en las relaciones internacionales. Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos serán los pioneros en continuar su labor de *Democracy Gospel* y un *Manifest Destiny* como promotores de la democracia en el mundo. Es así como en el seno de las universidades norteamericanas surgirán durante las décadas siguientes diversas teorías que van a dar mayor solidez a los postulados de Kant. Durante la década de los años sesenta, el sociólogo norteamericano Dean V. Babst, luego de un estudio juicioso y detallado basado en hechos históricos, afirmaría que después del año 1789 ninguna guerra entre regímenes democráticos se ha llevado a cabo y así “la democracia se convierte en una implacable fuerza de paz” (Babst, 1964, 9-14). Este estudio, que en un principio no causó más que curiosidad, será retomado años más adelante por otros académicos norteamericanos de una manera más científica para comprender nuevos elementos en el análisis de las relaciones internacionales.¹

Posteriormente, a comienzos de la década de los años ochenta, el politólogo Michael Doyle publica *Kant, Liberal Legacy and Foreign Affaire*. En su artículo, Doyle afirma que “las prácticas liberales pueden reducir la probabilidad de que los Estados ejerzan conscientemente restricciones e intenciones de paz que se requieren en la era nuclear” (Doyle, 1983, 211). Así, la democracia se establece como el régimen ideal para alcanzar lo que Kant denominaba la *pax perpetua*. Doyle concluye en su artículo que “nadie puede argu-

1 Hacemos mención especial a la puesta en marcha del proyecto académico *Correlates of War* (1963) de los profesores David Singer y Melvin Small así como el proyecto *Understanding Conflict and War* (1975) del profesor Rudolf Rummel.

mentar que la guerra sea imposible, pero los datos preliminares evidencian que existe una significativa predisposición contra el estado de guerra entre Estados liberales. Además de ello las amenazas de guerra son vistas como ilegítimas” (214). Este autor intenta ir más allá de sus predecesores buscando establecer una correlación entre la democracia y la naturaleza liberal de los regímenes políticos. Finalmente, en la década de los años noventa, Andrew Moravcsik, teórico de la Universidad de Stanford, contribuye a las teorías que hemos discutido indicando que los regímenes no democráticos son más susceptibles a ser agresivos en la escena internacional. De acuerdo con este autor, los regímenes democráticos tienen una tendencia clara al pacifismo. Apoyado en los postulados de Kant, este autor considera que el peso de la opinión pública bajo un régimen democrático es un elemento fundamental para hacer que este posea un comportamiento menos violento (Moravcsik, 1997).

Después de este breve recorrido teórico, el objetivo inicial que podríamos hacernos es saber si la democracia es garantía *per se* para evitar la guerra entre los Estados y, especialmente, si esta teoría es aplicable al caso suramericano en el siglo XXI. Los regímenes democráticos de esta región han seguido a la amplia ola de gobiernos autoritarios militares que se instalaron en el subcontinente durante las décadas de los años sesenta y setenta. La democracia parece fortalecerse, en sus aspectos estructurales, con el paso del tiempo y el retorno de gobiernos militares parece ser menos evidente. Si este es el caso, ¿por qué países como Colombia, Ecuador, Venezuela, Brasil y Chile han aumentado su potencial de guerra? ¿Por qué destinar tan elevados presupuestos para la defensa en una región en donde aparentemente la democracia parece instalarse sin reservas? Este artículo se propone analizar los hechos contemporáneos en temas de seguridad y defensa en América del Sur. A la luz de la teoría de la *pax democrática*, esperamos establecer algunos elementos de análisis de la situación actual en la región.

Breve recorrido a través de los conflictos suramericanos

Un variado número de académicos e intelectuales considera que la permanente intervención de los militares en política en Suramérica se debe a la ausencia de conflictos externos (Finer, 1962; Johnson, 1972; Collier, 1975; Bourricaud, 1982). Si bien la razón de ser de los ejércitos modernos creados en Europa fue la defensa de las fronteras y la conquista de nuevos territorios, en Suramérica esta lógica no se reprodujo. Ante la ausencia permanente de conflictos con los vecinos, las Fuerzas Armadas nacionales se fueron vinculando de manera más estrecha con los asuntos políticos de los Estados que comenzaban a consolidarse. Es por ello que Suramérica se destaca por la ausencia de conflictos armados interestatales. Esto no quiere decir que no hayan existido conflictos armados más allá de las fronteras. En efecto existieron, y algunos con consecuencias devastadoras para las naciones. Sin embargo, lo que vale la pena destacar es que estas guerras no fueron ni permanentes ni numerosas. Es más importante resaltar el amplio desarrollo de guerras civiles en la casi totalidad de los países; guerras que se presentaron como la respuesta a la estructuración de nuevos sistemas económicos y políticos.

En términos de conflicto armado, los tres enfrentamientos más importantes del siglo XIX fueron: la guerra que se llevó a cabo entre Brasil (bajo el dominio de los portugueses) y Argentina, joven república del continente, entre 1825 y 1828; la disputa entre estos dos países giró en torno a la independencia del territorio que hoy pertenece a Uruguay y que en 1825 había sido anexado por Brasil. Algunas secuelas de este enfrentamiento se expresarían en la Guerra de la Triple Alianza, que se desarrolló entre 1864 y 1870; una guerra que involucraba inicialmente a Uruguay y Brasil y a la que posteriormente entrarían Argentina y Paraguay, siendo este último el país que más víctimas aportó al conflicto además de saldar la guerra con la pérdida de territorios claves para la economía nacional. El tercer conflicto de gran envergadura se produjo entre Chile, Bolivia y Perú, conocido como la Guerra del Pacífico, la cual se llevó a cabo entre 1879 y 1883; este conflicto resaltó las fortalezas del Ejército chileno que logró imponerse rápidamente sobre los bolivianos y que doblegó a los peruanos luego de la toma de Lima por parte de las fuerzas chilenas. De esta manera, Chile logró adjudicarse territorios que anteriormente pertenecían a Perú. De igual forma, Bolivia perdió su única salida al mar y Chile no solamente conquistó nuevos territorios sino que tomó posesión y usufructo de los minerales de la zona que se encontraba en disputa.

Durante el siglo XX podemos señalar tres conflictos que se produjeron entre naciones suramericanas. El más importante de ellos, en términos de impacto social y económico, fue la Guerra del Chaco que se desarrolló entre 1932 y 1935 y en la cual se enfrentaron los únicos dos países del subcontinente que no disponían de acceso al mar: Paraguay y Bolivia. La salida al mar continuaba siendo una necesidad mayor que llevó al enfrentamiento armado. Igualmente, primaron algunos intereses cuando se creyó que el territorio en disputa poseía importantes reservas de petróleo.

En segundo lugar se encuentra la guerra que se desarrolló entre Colombia y Perú en 1932, en un momento en el que los dos países acababan de cambiar sus tradicionales regímenes políticos. El conflicto era evidentemente fronterizo, en el área que hoy corresponde a Leticia, extremo sur del Amazonas colombiano. Esta guerra, en medio de la selva, se mostró menos violenta y más corta que la del Chaco, debido en parte a la inmadurez y la falta de profesionalismo del Ejército colombiano y a la fuerte dosis de politización con la que contaban las Fuerzas Armadas peruanas de aquel entonces (Materson, 2005). El conflicto fue rápidamente resuelto por la vía diplomática.

Finalmente encontramos la guerra librada entre Perú y Ecuador por una región fronteriza al norte de Perú y que estuvo en disputa desde los tiempos de la Independencia. Entre 1941 y 1942, las tropas de estos dos países se enfrentaron pero el costo humano y económico fue relativamente bajo. A diferencia de la discrepancia fronteriza con Colombia, las tensiones entre Ecuador y Perú perdurarían durante cinco décadas más. Es así como en 1995 estalló nuevamente un conflicto armado entre los dos países. Conocida como la Guerra del Cenepa, este conflicto duró solamente cuatro meses y se resolvió definitivamente por la vía diplomática en 1998.

Vale la pena destacar otras situaciones que en su momento se interpretaron como una amenaza de guerra. En 1978, las tensiones entre Chile y Argentina eran evidentes: temas fronterizos que tenían que ver con el canal Beagle estuvieron a punto de ser resueltos en el campo de batalla. Fuerzas militares argentinas y chilenas se apostaron en las fronteras esperando la orden final. Los dos países, bajo el mando de dictaduras militares, desarrollaron una gran gestión diplomática para evitar la guerra. El mismo general Pinochet se desplazó hasta Buenos Aires y se entrevistó con el general Videla, con el ánimo de resolver pacíficamente el conflicto (Cavallo, Sepúlveda, Salazar, 1989). Finalmente, sería la intervención del Vaticano la que logró calmar los ánimos de guerra que se habían encendido en la navidad de 1978. Otros roces de tipo diplomático se dieron igualmente entre Perú y Chile en 1973. Ante la caída de Allende, tanto el general Pinochet como el general Velasco sintieron una desconfianza mutua que se basaba en las posiciones políticas de cada uno. La caída de Velasco en 1975 disminuyó significativamente estas tensiones. En la última década se han seguido registrando tensiones entre Colombia y Venezuela, Perú y Chile², así como entre Argentina y Uruguay por temas más relativos al factor ambiental (Briones y Álvarez, 2008).

Figura 1. Regiones donde se presentan las tensiones y amenazas más destacadas en Suramérica (2000-2010)



Fuente: elaboración propia (2010).

2 En noviembre de 2009, el gobierno peruano denunció públicamente haber descubierto un agente chileno que cumplía funciones de espionaje intentando presentar informaciones secretas de los organismos de seguridad del Estado peruano. A pesar de que el gobierno chileno desmintió estas acusaciones, el caso del supuesto espionaje ha contribuido a mantener vivas las tensiones entre estos dos países.

Balance militar de América del Sur (2000-2010)

Hemos discutido brevemente la manera en que se presentaron algunos enfrentamientos armados, así como las amenazas de guerra entre países suramericanos durante el siglo xx. No obstante, desde finales del siglo xx ha parecido gestarse una evolución entre estos países que busca hacer prevalecer la vía diplomática por encima del recurso a la fuerza. Los países del subcontinente buscan seguir avanzando en la construcción de confianzas y el desarrollo de una política de seguridad mutua que aleje el fantasma de la guerra. Es claro que para la mayoría de las administraciones el tema de la guerra debe seguir evolucionando y que el aceptable comportamiento del siglo xx evolucione hacia un comportamiento pacífico y cordial durante el siglo xxi.

Hacia la creación de Medidas de Confianza

A pesar de estas buenas intenciones existen ciertos factores que se presentan como impedimentos para continuar el buen camino hacia la implementación de soluciones diplomáticas en el subcontinente. Los gastos en defensa y la compra de armas que han emprendido algunos países en los últimos años sugieren una reflexión diferente que no se enfoca hacia la constitución de un contexto pacífico.

Sin embargo, se ha buscado de manera multilateral desarrollar Medidas de Confianza Mutua (MCM) entre los países suramericanos durante la última década. Este interés por establecer claras reglas de juego pretende especialmente hacer públicos los planes militares y políticos de los países con el fin de crear garantías y medidas de confianza necesarias entre los vecinos. De igual manera, estas medidas apuntan a evitar el dilema de la seguridad.³ Así, las MCM buscan necesariamente reducir la sensación de amenaza y crear un clima de confianza entre los Estados. Para establecer dicha confianza es necesario abrir paso a la verificación⁴ de carácter multilateral. Las medidas que se buscan establecer para la reducción de la sensación de amenaza son, entre otras, el intercambio de datos, las restricciones de compras de armas, la observación e inspección de equipos así como las instalaciones militares (Briones y Álvarez, 2008, 35).

Presupuestos y gastos en defensa

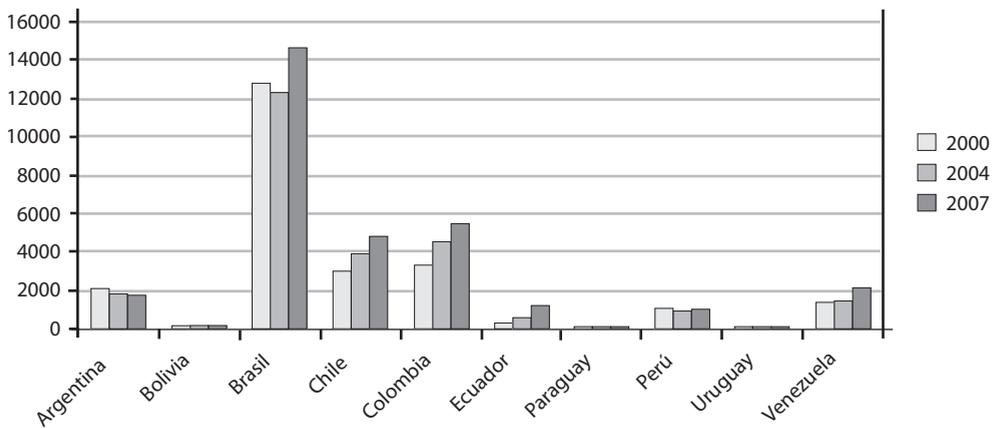
En la última década, el presupuesto de la defensa de los países suramericanos ha aumentado en más de un 37 por ciento. Algunos países más que otros han visto aumentar su presupuesto

3 El dilema de la seguridad fue un concepto que se discutió de manera significativa en los años posteriores al inicio de la Guerra Fría. Este dilema consiste básicamente en que la carrera armamentista de un país A se verá incrementada mientras que este país no conozca el potencial militar de un país B. Este último tenderá igualmente a desconfiar del país A y continuará aumentando su poder militar. Así, tanto A como B aumentarán su potencial militar de manera indefinida creando un desgaste político, militar y económico para ambos países.

4 En la última década se ha puesto en marcha la publicación del *Libro blanco de la defensa*. En este libro, los países presentan, de manera voluntaria, su política de defensa, sus presupuestos militares así como las asignaciones del presupuesto. *El libro blanco* ha sido presentado por los siguientes países: Argentina (2001), Bolivia (2005), Brasil (2005), Chile (2002), Ecuador (2006), Perú (2005), Uruguay (2005). Colombia (2003) y Paraguay (2005) presentaron unos informes de defensa pero no bajo los parámetros establecidos. Venezuela no ha presentado esta publicación. De igual manera, cada Estado, nuevamente de forma voluntaria, presenta ante las Naciones Unidas los registros anuales del sector de defensa como medida de transparencia y confianza en la región.

de forma considerable. Este es el caso de los países andinos, especialmente de Colombia, Venezuela y Ecuador. El problema del narcotráfico y los diferendos políticos entre estas naciones han colaborado en gran medida al aumento del presupuesto de defensa. Sin embargo, el problema se extiende a otros países tales como Chile y Brasil quienes en los últimos años han visto igualmente un aumento de sus gastos y presupuestos de defensa. El gasto militar que ha mantenido Chile le ha implicado enormes esfuerzos a Perú, quien intenta igualmente mantener un ritmo acelerado del crecimiento del presupuesto en defensa. Esta situación no es nueva. Desde finales de la década de los años ochenta, Chile y Perú vienen negociando por un control y restricciones más severas en términos de defensa. Solamente Uruguay, Paraguay y Argentina parecen mantener, en la última década, un gasto militar controlado en el conjunto del subcontinente.

Cuadro 1. Gasto militar de los países suramericanos en miles de dólares (2000-2007)⁵



Fuentes: Stockholm International Peace Research Institute, 2010; RESDAL, 2009.

El cuadro 1 nos permite sugerir un “ranking” de países con el gasto más elevado en términos de defensa. En la última década Brasil, Colombia, Chile y Venezuela se ubican como los países con mayor gasto en defensa. El caso colombiano es justificado por el Gobierno como consecuencia de la lucha que el país lleva a cabo contra la producción y el tráfico de drogas desde hace más de dos décadas. Es importante decir que una buena parte de los gastos militares colombianos provienen de ayudas norteamericanas.⁶ Venezuela no ha cesado de mejorar su estructura militar después del fallido golpe militar de 2002. Hugo Chávez se ha encargado de fortalecer sus Fuerzas Armadas y la Guardia Nacional con el fin de defender “la Revolución Bolivariana” y protegerse de lo que él considera como amenazas por parte de Colombia. En esta dinámica, el país ha establecido contratos para compra de armas y material bélico con países como China, Rusia e Irán. Chile se ha destacado por ser uno de los países militarmente mejor equipados y

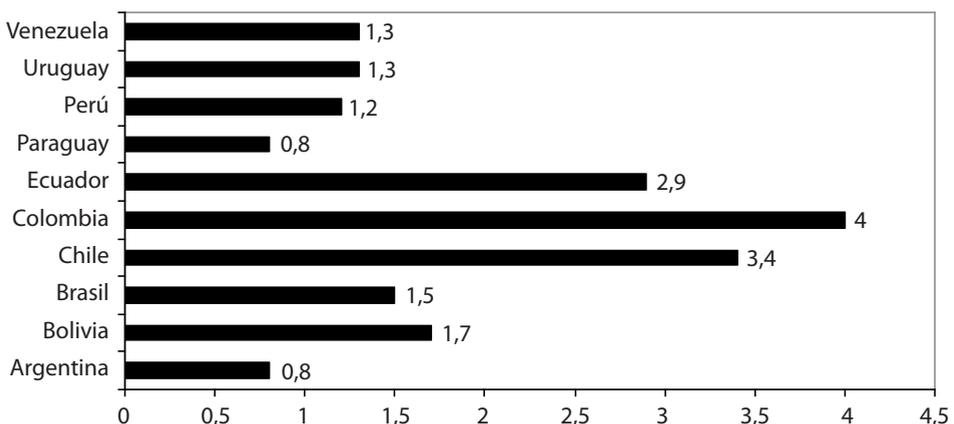
5 Dólares constantes 2005.

6 Bajo el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) se estableció el Plan Colombia, un ambicioso proyecto que buscaba encontrar una salida final al problema del tráfico de drogas. En este proyecto se involucraban tanto los Estados Unidos como la Unión Europea a través de la adjudicación de importantes recursos para la lucha contra el narcotráfico. Con el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010) los acuerdos con Estados Unidos y las ayudas en materia militar se incrementaron a través de acciones como el Plan Patriota o la propuesta para establecer una segunda fase del Plan Colombia.

entrenados en el continente. Este país, luego de dos décadas de haber dejado atrás la dictadura militar, aún padece muchas de las consecuencias de esta experiencia. En el ámbito político es un país que aún se gobierna bajo la Constitución redactada durante la dictadura de Pinochet. A lo largo de este gobierno (1973-1989), el presupuesto y la capacidad militar no cesaron de crecer. De igual modo, se legalizó que un porcentaje de las exportaciones de minerales fueran estrictamente destinadas al gasto en defensa. Esta medida ha permitido que los militares chilenos, si bien menos numerosos en términos de tropas que hace una década, cuenten aún hoy con un presupuesto significativo para la defensa. Brasil, además de poseer el Ejército más grande del continente, desea proyectarse como el líder regional no solo en el ámbito político y económico sino también en el militar. En ese sentido, no es una sorpresa que este país se dirija hacia una carrera sólida para convertirse en la potencia militar de Suramérica. Otros países que vale la pena mencionar son Ecuador y Perú, los cuales se han visto en la necesidad de llevar a cabo esfuerzos presupuestales en materia de defensa como consecuencia de lo que ellos consideran amenazas externas (Colombia para Ecuador y Chile para Perú).

Entre los factores más importantes que explican el aumento del gasto militar, debemos resaltar el tráfico de drogas, un problema que se concentra en Colombia pero que involucra directamente a países de la región como Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Brasil, sin contar el impacto que este problema tiene en los países de Centroamérica. El tema del narcotráfico y las mafias que este desarrolla representa un serio desafío para la seguridad continental. De igual manera, a pesar de que durante el siglo xx se hicieron múltiples esfuerzos para superar las crisis fronterizas y las disputas históricas, encontramos aún abiertas heridas del pasado. Los efectos de la Guerra del Pacífico entre Perú, Bolivia y Chile todavía no han logrado ser mitigados y aún hoy existen reivindicaciones territoriales que hacen mantener en estado de alerta a las Fuerzas Armadas de estos países. Finalmente, Brasil, que se presenta como uno de los referentes del continente, comienza a prepararse para convertirse en una potencia continental. Para llegar a este objetivo, Brasil debe desplegar una significativa estructura militar.

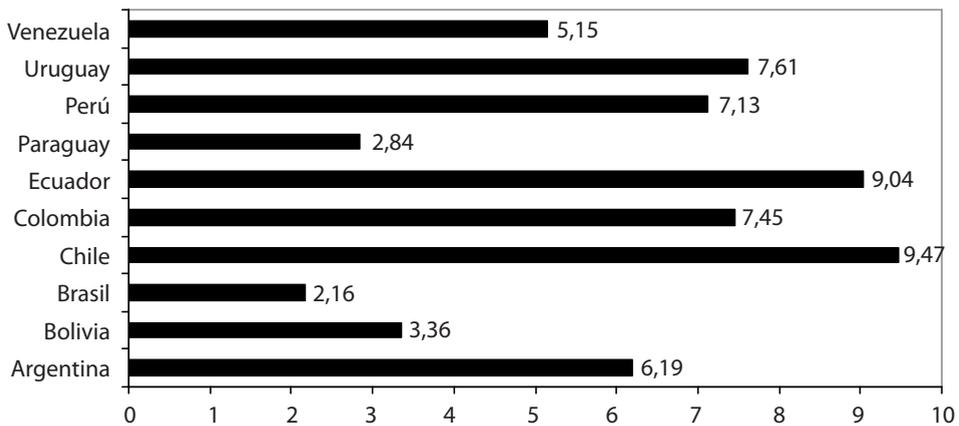
Cuadro 2. Gasto militar como porcentaje del pib (2007)



Fuente: Stockholm International Peace Research Institute, 2010.

El establecimiento del gasto militar global no es una herramienta suficiente de análisis para comprender los hechos en materia de defensa en Suramérica. El cuadro 2 nos ofrece nuevas informaciones que conducen a una realidad diferente. Colombia, Chile y Ecuador se presentan como los países que mayor porcentaje de su producto interno bruto (PIB) destinan a gastos en defensa con porcentajes que oscilan entre el 3 y el 4 por ciento, estas cifras extremadamente elevadas se explican en parte por las causas discutidas anteriormente. Los demás países manejan unas cifras estándares que se aproximan al 1,5 por ciento, lo cual puede considerarse acorde con los promedios internacionales.

Cuadro 3. Porcentaje del presupuesto del Estado destinado a la defensa (2006)



Fuente: Atlas Comparativo de la Defensa en América Latina, *RESDAL*, 2007.

En un continente donde se considera que la posibilidad de guerra es baja, encontramos un gasto en defensa extremadamente alto. Estas cifras se vuelven alarmantes cuando existen tantas desigualdades en el campo social y económico y cuando un gran porcentaje de la población vive en la pobreza. En el año 2007, Ecuador y Chile destinaron más del nueve por ciento de su presupuesto público para la defensa. Países como Colombia y Perú registraron igualmente presupuestos elevados en defensa con respecto al gasto público total.

Un balance regional

A partir de los años sesenta en Suramérica se han buscado soluciones de orden regional a muchos de los problemas que ha atravesado el continente. Es importante recordar que las iniciativas de pactos regionales comenzaron a ser una realidad en Suramérica desde el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. El cierre de los mercados europeos representó un desafío para las economías latinoamericanas. De allí que se llevaran a cabo iniciativas intracontinentales de mercado con el fin de colmar en parte el vacío dejado por la ausencia del mercado europeo. A partir de este momento las iniciativas, los tropiezos y los fracasos en la búsqueda de la integración regional han sido una constante.

Durante los años sesenta se desarrolló la iniciativa de la Comunidad Andina de Naciones (CAN), de carácter eminentemente económico y que se caracterizó no solamente por la protección de las industrias nacionales y regionales sino también por su carácter introvertido y su acceso limitado al número de miembros. Desde el principio de la iniciativa este regionalismo cerrado representó un obstáculo mayor. La comunidad andina que se quiso establecer en la década de los ochenta se mostró más abierta y con una intervención más reducida del Estado en tiempos en que el neoliberalismo comenzaba a penetrar el subcontinente. De esta manera, los países miembros de la CAN se preparaban para los nuevos retos de la mundialización. Sin embargo, la CAN no pudo cumplir su papel de bloque económico ni comercial porque las carencias internas fueron un obstáculo al buen funcionamiento del grupo, lo que limitó su participación y su peso en la economía regional.

El Mercosur se presentó como contraparte a la CAN a mediados de los años ochenta gracias a las negociaciones entre Brasil y Argentina, dos países que recién salían de períodos de autoritarismo militar. Estas negociaciones, dicho sea de paso, también presentaron implícitamente una alianza que mostraba como socias a dos naciones que militarmente eran muy influyentes en la región. A través del acta de Buenos Aires, firmada el 6 de julio de 1990, se crea el Mercosur asociando a Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay. No obstante, esta iniciativa, al contrario de la iniciativa de la CAN, se basaba en un regionalismo más abierto. Sin embargo, esta asociación se establece en un período de irrupción del neoliberalismo en el cual las crisis económicas significaron un obstáculo mayor en el avance de las propuestas. El Mercosur, por su iniciativa de regionalismo abierto, llevó en la última década a la asociación de países como Colombia, Bolivia, Chile, Ecuador y Perú. Venezuela, por su parte, espera la aprobación para ser Estado miembro y no Estado asociado del Mercosur. El éxito de esta iniciativa y la vinculación en este proyecto de la totalidad de países suramericanos se convirtieron en la esencia para la creación de la Unasur. Es necesario destacar que la ola de gobiernos de izquierda que se instalaron en el continente, así como las preocupaciones norteamericanas por los asuntos en Medio Oriente, dieron a la mayoría de países suramericanos la oportunidad de generar procesos de mayor autonomía política.

La Unasur se presenta igualmente como una iniciativa liderada por el presidente brasileño Luiz Ignacio Lula en septiembre de 2000. De esta manera, dentro del marco de la región Brasil se consolida como líder indiscutible. Con ocasión de la cumbre de Brasilia en mayo de 2008 se crea la Unasur, cuyos principales propósitos son los de buscar, de forma colectiva, la construcción de justicia social en el continente. De igual forma se busca ir más allá de los problemas comerciales y tocar temas políticos y sociales bajo bases democráticas. Si bien es una iniciativa en construcción, la Unasur ha mostrado avances y logros importantes. Su principal reto consiste en lograr integrar en una sola institución las dinámicas y experiencias de la CAN así como las del Mercosur.

En la lucha por el liderazgo regional iniciado por Brasil en el 2000, el presidente Hugo Chávez en asociación con el presidente de Cuba Fidel Castro, propone en diciembre de 2004 la creación de la Alternativa Bolivariana para las Américas (Alba). Un proyecto político marcado fuertemente por la izquierda y que se presenta como contraparte a los intereses norteamericanos en la región. La estrategia de Chávez consistió en extender este acuerdo a países de América Central y del Caribe, zonas que no se incluyen en el Mercosur. De esta manera, Chávez propone un pulso al proyecto de la Unasur de tendencia más moderada que el Alba.

¿Hacia una carrera armamentista?

Las decisiones y políticas en materia de defensa y seguridad de algunos países suramericanos dejan ver una situación de permanente tensión. Vale la pena destacar las acciones en materia de adquisición de armamento, entrenamiento de tropas e incremento del personal militar en países como Brasil, Venezuela, Colombia y Chile. Las nuevas tecnologías en términos de armamento y la injerencia de países extranjeros en la construcción del nuevo arsenal de los países suramericanos, muestran la ausencia de acuerdos en materia de control de armamento y de políticas comunes de defensa.⁷

En lo que concierne a Brasil, uno de los países militarmente más fuertes de la región, vale la pena destacar que en diciembre de 2008 se efectuaron negociaciones entre el presidente francés Nicolás Sarkozy y el presidente brasileño Lula da Silva. Como resultado de estas negociaciones se establecieron acuerdos militares por cerca de nueve mil millones de euros (12.200 millones de dólares, aproximadamente). A través de estos acuerdos, el Gobierno francés se comprometió a proporcionar cerca de cuarenta aviones de combate, la ampliación de la fuerza naval a través de cuatro submarinos (uno de ellos especializado en combate nuclear). El ministro de Defensa de Brasil en el gobierno Lula, Nelson Jobim, justificó en su momento estas compras para la defensa y protección de las riquezas naturales (*Courrier International*, 2009). No obstante, hacia finales del año 2010, el saliente presidente brasileño decidió congelar estos acuerdos a la espera de la posesión de la nueva presidenta Dilma Rousseff. Brasil es, en efecto, un país que adelanta proyectos en energía nuclear y que, en aras de una gran autonomía, busca desarrollar una industria militar propia. Estas circunstancias hacen que el gasto en defensa y los nuevos equipos que adquiere

7 “En América Latina, principalmente en Suramérica, varios países han iniciado compras de armas con el argumento de que buscan modernizar su equipo bélico y prepararse para defender sus soberanías. Venezuela ha comprado armas a Rusia que incluyen fusiles, sistemas de defensa antiaérea, tanques, aviones y helicópteros de combate, en negocios que pueden ascender hasta 5.000 millones de dólares. El presidente Hugo Chávez ha justificado las adquisiciones de armas en la necesidad de defender la soberanía de su país ante un planeado aumento de las fuerzas militares de EE.UU. en Colombia. Brasil anunció que comprará aviones de combate a Francia, mientras que Ecuador y Chile también fortalecieron su flota aérea recientemente y Bolivia admitió planes para adquirir aviones y helicópteros franceses y rusos. Perú comparará tanques de guerra a China, mientras Chile anunció su intención de adquirir misiles y radares a EE.UU. por unos 650 millones de dólares. Colombia ha criticado la carrera armamentista y aunque aumentó en los últimos años el presupuesto militar y las compras de armas sostiene que están destinadas a combatir a la guerrilla y el terrorismo” (Lima, diario Gestión, 7 de abril de 2010, <http://gestion.pe/noticia/458109/insulsa-apoya-al-peru-tema-sobre-armamentismo>).

este país sean tan elevados. La constitución de este proyecto en solitario crea un completo desequilibrio en materia de defensa con respecto a sus vecinos.

Por su parte Venezuela, desde el año 2005 ha entrado igualmente en una lógica de inversión intensiva en términos de compra de armas. En los últimos años, Chávez ha realizado la compra de aviones de combate, helicópteros y más de cien mil fusiles AK-103, compras que se acercan a los cuatro mil millones de dólares. Recientemente, el gobierno de Chávez llevó a cabo negociaciones con Rusia por cerca de 2.200 millones de dólares destinados esencialmente a la compra de 92 tanques T-72 y a la adquisición de un sistema de misiles S-300 cuya acción se calcula a trescientos kilómetros a la redonda. Este tema preocupa mucho al Gobierno colombiano, el cual considera que una parte de esas armas puede ir directamente a la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Además de esto, la posible instalación de misiles en la frontera colombo-venezolana podría interpretarse como una amenaza directa a la soberanía colombiana.

Países como Chile, Perú, Bolivia y Ecuador han venido mostrando de igual manera un comportamiento con una tendencia al incremento de gastos en defensa y adquisición de nuevos equipos militares. La mayoría de estos gastos y estos esfuerzos son la generación de desconfianzas mutuas como en el caso de Perú y Ecuador. Estos países consideran que países como Colombia y Chile, que despliegan un elevado gasto en defensa, pueden representar una seria amenaza para la soberanía de sus territorios.

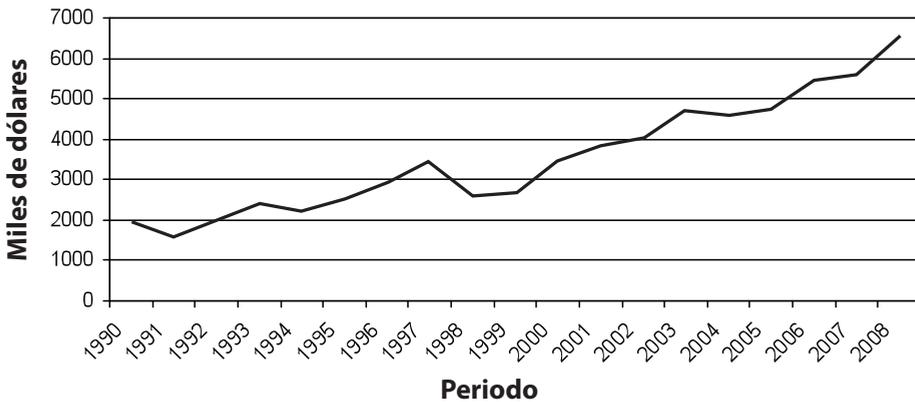
El caso colombiano se presenta como una particularidad en la región. Este país es uno de los mayores productores de cocaína en el mundo. Durante la década de los años ochenta y noventa, el problema se concentró en la lucha directa contra los carteles productores de cocaína sin atacar verdaderamente a las demás estructuras de esta economía subterránea. Como resultado de esta omisión, ante la caída de los carteles más importantes (el de Medellín y el de Cali) en la década de los años noventa, fueron naciendo grupos mafiosos menos centralizados que se encargaron de continuar la producción de drogas. Dentro de este “relevo” se integraron tanto la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) como un considerable número de grupos paramilitares asociados con grandes terratenientes y algunos miembros de las Fuerzas Armadas. A partir de ese momento, la producción de cocaína no sólo sirvió para el enriquecimiento de un número reducido de familias mafiosas sino también para el financiamiento de la guerra y de las acciones de grupos armados de ideologías diversas. En pocas palabras, el tráfico de drogas se convirtió en la esencia de un conflicto armado que en la última década ha cobrado centenas de vidas y producido millones de desplazados.

Sin embargo, durante la última década la situación de Colombia ha experimentado transformaciones importantes. Con la llegada de Andrés Pastrana como presidente de Colombia en 1998, las Fuerzas Armadas conocieron un punto de quiebre sin precedentes en su historia. Pastrana, junto con el presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, pusieron en marcha el Plan Colombia, un plan que en el aspecto teórico reunía experiencias como las del Plan Marshall o la Alianza para el Progreso indicando que el desarrollo social y eco-

nómico solo se podrían presentar como armas para la lucha contra el flagelo de la droga y la guerra que esta financia en Colombia. El Gobierno de Estados Unidos se dispuso a invertir una suma nunca antes vista en un país latinoamericano. Del total de la ayuda se esperaba una fuerte inversión en temas como el desarrollo alternativo, reforma judicial, desarrollo de las instituciones civiles y ayuda a las poblaciones de desplazados. No obstante, lo que se pudo constatar en los años posteriores fue que el Plan Colombia se convirtió en una fuerte inversión en el tema militar. En realidad, cerca del ochenta por ciento de los fondos del Plan Colombia, alrededor de 3.200 millones de dólares, fueron destinados para el sector defensa entre 2000 y 2005 (Isaacson, 2005, 171).

Rápidamente, el Plan Colombia se fue agotando como alternativa. La administración Clinton abrió paso a la administración republicana de George W. Bush, quien bajo el lema del antiterrorismo se propuso dar una cruzada mundial contra “los enemigos de la libertad”. Igualmente en Colombia, Álvaro Uribe ganaba las elecciones presidenciales de 2002 en la primera vuelta. Con un discurso de guerra frontal contra las guerrillas, el antiguo gobernador del departamento de Antioquia se instala en el palacio presidencial. El binomio Uribe-Bush desplegó una enorme dinámica de lucha contra las guerrillas durante los años posteriores. Rápidamente la lucha contra las drogas se convertiría en lucha contra el terrorismo y las Fuerzas Armadas verían como nunca antes incrementar sus presupuestos y sus demandas.

Cuadro 4. Gasto militar colombiano (1990-2008)



Fuente: Contraloría General de la República, Bogotá, 2009.

Tensiones entre Caracas y Bogotá: un ejemplo de desestabilización regional

A lo largo de los últimos años, el presidente colombiano Álvaro Uribe se convirtió en el principal socio político y estratégico de la región para Estados Unidos. La ascensión de gobiernos de centro-izquierda en Suramérica hace de Colombia un bastión pro-esta-

dounidense en la región. Por esta razón, las diferencias entre el presidente de Venezuela Hugo Chávez y Álvaro Uribe se acentuaron cada vez más durante la década pasada. En el plano regional se hizo evidente una lucha política entre un presidente pro-estadounidense y un presidente abiertamente nacionalista y de confesión socialista. Entre 2002 y 2010, las tensiones diplomáticas y el intercambio de opiniones entre los dos gobiernos no cesaron. Chávez ha logrado alinearse con otros países de la región. Sin embargo, esto no ha significado un cambio en la política colombiana. Uribe parecía avanzar seguro con el respaldo de Estados Unidos. En este escenario, las amenazas de guerra, el desplazamiento de tropas, el aumento de los controles fronterizos, el retiro de misiones diplomáticas y hasta la ruptura de relaciones comerciales, demostraron la intensidad de la situación entre estos países.

Uno de los puntos más álgidos de las relaciones se presentó en marzo de 2008 luego del ataque de los militares colombianos al campamento de Raúl Reyes en territorio ecuatoriano. Si bien se presentó como un posible escenario de guerra, la acción del grupo de Río y la importante gestión de países como Brasil y República Dominicana permitieron llegar a acuerdos pacíficos a pesar de la ruptura de relaciones diplomáticas entre Colombia y Ecuador. Posteriormente, en el año 2009, el Gobierno colombiano decidió establecer acuerdos con Estados Unidos por medio de los cuales, militares y hombres de inteligencia estadounidenses, podrían servirse de siete bases militares localizadas en Colombia como plataformas de acción militar en asociación con militares norteamericanos como herramienta para la lucha contra el tráfico de drogas.⁸ Este acuerdo es comprendido por los Estados suramericanos, especialmente Venezuela, Ecuador y Bolivia, como una amenaza directa de Estados Unidos hacia los países de la región. Con ese motivo se celebró en Quito, en septiembre de 2009, una cumbre extraordinaria de la Unasur, que convocó a todos los ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa de los países miembros. En acalorados debates, el bloque conformado por Venezuela, Ecuador y Bolivia demandaban/calificaban el acuerdo entre Colombia y Estados Unidos como una incursión directa en territorio suramericano y una amenaza próxima a los países vecinos. Los ministros colombianos defendieron el acuerdo indicando que la asociación de las Fuerzas Armadas colombianas con las de Estados Unidos tenía un propósito únicamente nacional y que ninguna nación de la región se debía sentir amenazada. A pesar de la fuerte presión del Gobierno venezolano, en esta reunión no se logró una condena unánime contra Colombia. Sin embargo, los demás países de la Unasur acordaron que tolerarían el acuerdo entre Colombia y Estados Unidos siempre y cuando no atentara contra la soberanía de sus miembros.

8 El acuerdo entre el gobierno colombiano y el estadounidense contemplaba, por un período inicial de diez años, el establecimiento en bases colombianas de ochocientos militares y seiscientos civiles de Estados Unidos para la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo. Sin embargo, la Corte Constitucional de Colombia declaró este acuerdo inexecutable en agosto de 2010, ya que para que este acuerdo fuera ratificado era necesario la aprobación del Congreso colombiano. A pesar de esto, la presencia y acción de militares y contratistas militares norteamericanos en el territorio colombiano sigue siendo significativa.

Figura 2. Bases militares según el acuerdo Colombia-Estados Unidos (2009)



Fuente: Elaborado basado en <http://ciberamerica.blogspot.com/2009/08/colombia-localizacion-de-las-bases.html>

El papel de los actores regionales

¿Qué poder y qué influencia pueden tener los organismos supranacionales para intervenir en los Estados miembros y exigir acuerdos de control de armamentos y gastos en defensa? Para responder a esta pregunta debemos, en primer lugar, analizar las ambiciones políticas de algunos miembros de la Unasur.

En la última década se han perfilado dos proyectos de liderazgo regional en Suramérica. De un lado se encuentra el proyecto del presidente venezolano Hugo Chávez quien propone establecer una unión regional basada en políticas geoestratégicas y militares a través de las cuales se pueda establecer una oposición al proyecto hegemónico estadounidense que ha primado en la región desde hace más de un siglo. Una de las tantas expresiones de esta política es la Alternativa Bolivariana para las Américas (Alba) que se presenta no sólo como oposición a los acuerdos de libre comercio promovidos por la Casa Blanca,

sino también como una estrecha cooperación entre Venezuela, algunos países de América Central, países del Caribe (como Cuba) y el apoyo de Bolivia. Sin embargo, este proyecto no ha sido más que un foro permanente de presidentes de la región que emite declaraciones en las cuales se presentan como firmes opositores de la política norteamericana. La capacidad de decisión y la estructura institucional del Alba es casi inexistente y se convierte más en un proyecto de Chávez que en un resultado de alianzas estratégicas regionales. En el campo militar, Chávez quiso promover, sin mayor éxito, la Organización del Tratado Atlántico Sur (Otas), una organización que buscaba integrar las políticas de defensa en el continente.

El segundo proyecto de referencia es, sin duda, Brasil, que más allá de proyectos militares busca privilegiar las relaciones comerciales, industriales y de producción. El proyecto liderado en la última década por el presidente Lula busca dar una mayor autonomía e independencia a la región con respecto a Estados Unidos, sin llegar a convertirse en antagonista de la hegemonía de este país. La estrategia de Lula se basó en la titánica tarea de lograr vincular la Comunidad Andina de Naciones (CAN) y el Mercado Común del Sur (Mercosur) en un mismo proyecto que en el 2008 tomaría la forma de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur). La Unasur busca ante todo imponerse de forma política y relevar los aspectos más importantes de la integración regional.

En el campo militar se ha visto igualmente una competencia permanente entre los dos proyectos políticos. En noviembre de 2004 el presidente Chávez lanzó, ante una cumbre de mandatarios en Río de Janeiro, una propuesta que buscaba reunir las Fuerzas Armadas de América del Sur bajo un órgano colectivo regional en materia de Defensa y Seguridad. Así fue propuesta la Organización del Tratado de América del Sur (Otasur). Sin embargo, esta propuesta no tuvo la recepción esperada entre los diferentes mandatarios. De forma contraria, la propuesta que la Unasur efectuó para los mismos propósitos tuvo una mayor acogida que el proyecto venezolano de la Otasur. Así, luego de reuniones llevadas a cabo en diciembre de 2008 se crea el Consejo de Defensa Suramericano (CDS) que se convierte en una instancia consultiva de tipo cooperativo dentro del conjunto de países miembros. Esta iniciativa tuvo mayor aceptación luego de las fuertes tensiones que se dieron en el mes de marzo de 2008 cuando militares colombianos bombardearon el campamento donde se encontraba Raúl Reyes, miembro de la cúpula de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), en territorio ecuatoriano. La crisis que se desató en los días siguientes y las escaramuzas por parte de Venezuela hacia Colombia confirmaron la necesidad de un cuerpo colectivo capaz de mediar en una determinada situación de tensión diplomática y militar.

Así, el proyecto brasileño supo imponerse sobre las aspiraciones venezolanas en materia de defensa y seguridad. Con la creación del CDS, la Unasur buscaba promover la paz en la región así como la defensa de las instituciones democráticas. Según las declaraciones hechas en Quito en marzo de 2009 (cuando nace formalmente el CDS), este Consejo sería una garantía para reducir las aspiraciones militaristas de la región. De

igual manera se buscaría la prevención y resolución de conflictos por medios pacíficos, el establecimiento de una política común de defensa y la creación de un espacio de discusión para todos los ministros de defensa (Serbin, 2009). La creación de este Consejo significó, a su vez el establecimiento definitivo del sector civil sobre el militar en temas de decisión de la política de defensa y seguridad. Este tema es altamente significativo en una región en donde prevalecieron las dictaduras militares que se fortalecieron bajo la doctrina de la Seguridad Nacional.

En medio de este “pulso” entre liderazgos regionales, se ha abierto una discusión que no deja de crear preocupación. La ausencia de un concierto común entre las naciones de la región representa un desafío mayor para el futuro de la Unasur y de las relaciones militares en el continente. Podría sugerirse que el proyecto brasileño logra avanzar y convencer a un mayor número de países, pero esto no es una garantía suficiente para cumplir cabalmente con los objetivos propuestos por el CDS. Si el gran reto de la Unasur desde su creación fue lograr integrar en armonía proyectos como la CAN y Mercosur, ahora se enfrenta al reto que muestra el Alba como proyecto de liderazgo regional. Mientras persista la fractura ideológica en medio de un proyecto colectivo de alianzas regionales sólidas, será muy difícil controlar la carrera armamentista que se está desarrollando en el continente. Las ambiciones de liderazgo desarrolladas entre Venezuela y Brasil al interior del continente no son benéficas para la maduración de la Unasur.

No obstante, la posibilidad de llegar a acuerdos comunes entre los países miembros de la Unasur no es el único reto por superar. El problema del tráfico de drogas y la posición actual del Gobierno colombiano son igualmente un desafío para la continuación de los procesos de integración. El papel pro-estadounidense que ha desarrollado Colombia plantea un serio desafío a los propósitos de autonomía e independencia que se propone la Unasur. Si bien Colombia ha ofrecido a los países miembros garantías de que la operación de militares norteamericanos en territorio colombiano no amenazaría la soberanía de otros países, la incursión del ejército de Estados Unidos en territorio suramericano no deja de ser un elemento que trastorna la evolución de la Unasur. Igualmente, el excesivo discurso populista de Chávez en Venezuela, a través de una política anti-estadounidense sin propuestas y proyectos claros que vayan más allá del antagonismo político, se presenta como otro de los desafíos a resolver con prontitud en el seno de las naciones suramericanas. ¿Cómo continuar la construcción de la integración regional cuando se cuenta con un país resistente a la independencia norteamericana y que profesa mayor fe en la Organización de Estados Americanos (OEA) que en la Unasur? ¿Cómo continuar la construcción de la integración regional cuando el presidente venezolano propende por un proyecto más militarista que político y diplomático? Estas preguntas deben ser parte de la agenda de las relaciones internacionales de los países miembros de la Unasur. La salida a estos interrogantes podrá a su vez arrojar nuevas luces acerca de la construcción de una política de seguridad y defensa común basada en la autonomía, la autogestión y la independencia.

En Suramérica el regionalismo comienza a afrontar sus primeros retos. Para lograr avanzar en la construcción de una Unión de Naciones Suramericanas será necesario que todos los países se comprometan a trabajar por un mismo proyecto. Un compromiso que implique un trabajo mancomunado con objetivos claros dentro de las reglas de la política internacional. Es importante saber que la Unión no debe ser un proyecto de la izquierda suramericana, pues si eso sucede se pondría en riesgo la existencia misma de la Unasur. Debe existir un proyecto en el cual tanto los gobiernos de derecha como de izquierda, que se instalen en el poder de los países miembros, sean capaces de respetar acuerdos comunes que sean establecidos para el bienestar de los habitantes de los mismos países. Si bien la Unasur debe presentarse como un proyecto autónomo e independiente, no se puede caer en el error de convertirlo en una plataforma de ideologías políticas y de luchas personales.

Conclusión

Bajo la teoría de la *pax democrática* podríamos decir que en América del Sur la guerra entre Estados es poco probable ya que en el continente se han establecido naciones cuyos regímenes se presentan como portadores de los valores democráticos. Sin embargo, ejemplos como los de Colombia y Venezuela nos demuestran que la democracia no ha podido consolidarse de manera firme y que aún existen riesgos y amenazas en medio de regímenes que tienden a la autocracia.

Podemos sugerir, desde luego, que la guerra es aún posible en los países suramericanos y que no existe ningún elemento que pueda garantizar una paz absoluta. La democracia que se ha establecido a lo largo del continente no es garantía por sí sola para considerar la guerra como un hecho improbable. Es por ello que los gobiernos deben sentarse de manera conjunta a estudiar las consecuencias que una carrera armamentista incontrolada puede traer para las sociedades latinoamericanas.

Instituciones supranacionales como la Unasur o el Consejo de la Defensa Suramericana, no poseen las herramientas políticas y jurídicas para establecer en Suramérica un mecanismo eficaz de Medidas de Confianza Mutua. Esta iniciativa debe comenzar por los Estados miembros a través de iniciativas que vayan más allá de los objetivos políticos y que busquen los beneficios reales que traería no sólo la Unasur como bloque regional sino también las posibilidades que implicaría la reducción de la carrera armamentista en el continente.

Bibliografía

- BUTRAGO, Juan Carlos. «La politique du gouvernement colombien contre le trafic de drogue». En: *Les Cahiers de la Sécurité*, Institut National des Hautes Etudes de Sécurité, N° 59 (2005), 149-168.

- BRIONES, Sebastián y Rodrigo ÁLVAREZ. *¿Construyendo confianzas? Fronteras, FF.AA. y política en América Latina*. Santiago, Flacso, 2008.
- DOYLE, Michael. «Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs». En: *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, N° 3 (1983), 205-235.
- FREGOSI, Renée. *Armées et pouvoirs en Amérique Latine*. Paris, IHEAL, 2004.
- ISACSON, Adam. «Le Plan Colombie: bilan négatif». En: *Les Cahiers de la Sécurité*, Institut National des Hautes Etudes de Sécurité, N° 59 (2005), 169-192.
- KANT, Immanuel. *La paz perpetua*. Madrid, Aguilar, 1967.
- RED DE SEGURIDAD Y DE DEFENSA DE AMÉRICA LATINA. *Atlas comparativo de la defensa en América Latina*. Buenos Aires, Resdal, 2007.
- ROCHE, Jean-Jacques. *Théories des relations internationales*. Paris, Clefs, 2004.
- SEGURA, Ana Milena. «Le processus d'intégration en Amérique du Sud dans le cadre du nouveau régionalisme: la création d'une Union des nations sud-américaines (Unasur)». Mémoire de recherche au sein du Master en Science Politique: Relations internationales, Spécialité: sécurité et défense. Lyon, Université Jean Moulin, 2008.
- SERBIN, Andrés. «Multipolarité, leaderships et institutions régionales: les défis de l'Unasur face à la prévention des crises régionales». En: Isabelle Vagnoux y Daniel van Eeuwen (comps.). *Les relations interaméricaines en perspective: entre crises et alliances*. Paris, Institut des Amériques, 2009.
- SMALL, Melvin y David SINGER. «The War-Prone States of Democratic Regimes, 1816-1965». En: *Jerusalem Journal of International Relations*, vol. 1, N° 4 (1976), 50-69.
- THOUMI, Francisco. «La politique antidrogue en Colombie au regard des autres pays andins. Enjeux passés et présents». En: *Les Cahiers de la Sécurité*, Institut National des Hautes Etudes de Sécurité, N° 59 (2005), 11-38.

Páginas web

- Courier International (Francia): www.courrierinternational.com.
- Diario *El Comercio* (Perú): <http://elcomercio.pe/>.
- Diario *El Mercurio* (Chile): <http://diario.elmercurio.com>.
- Ministère de la Défense (Francia): www.defense.gouv.fr.
- Red de Seguridad y Defensa de América Latina (Argentina): <http://www.resdal.org/>.
- Revista *Semana* (Colombia): www.semana.com.
- Stockholm International Peace Research Institute (Suecia): <http://www.sipri.org/>.